



de padres á hijos. Job, pues, pudo ser muy bien, segun lo asegura positivamente el apéndice de la version griega, el rey de Edom, Jobad, del cual se ha hablado en la genealogía de Esaú. Añádese á esto el alto rango de sus amigos, el ruido que hicieron sus desgracias en las comarcas circunvecinas, y no se podrá dudar que fué puesto al punto por escrito, segun el deseo formal de que hemos visto dar testimonio á Job mismo. Todo nos asegura que este es uno de los libros más antiguos del mundo, si es que no es el más antiguo.

Job es una figura perfecta de Jesucristo, que él espera. Como él, es inocente, es justo, y sin embargo, Dios le aflige; hombre de dolor, un leproso, magullado desde los pies á la cabeza, lleno de oprobios, desconocido para los mismos que le conocian. Como él, abandonado de

sus amigos, busca un consolador y no le encuentra. Como él, exclama en la amargura de su alma: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?» Como él, y casi á punto de espirar, exclama: «¡Padre mio, encomiendo mi alma en vuestras manos; yo sé que mi Redentor vive; cuando él me haga morir, yo esperaré aún en El. Como él, cubierto de llagas, intercede por los que le han ultrajado, y Dios les perdona por su mediacion. Como él, resucita á una vida nueva, á una vida de dicha y de gloria inalterables, en donde los que le habian abandonado vuelven á él, son admitidos á su mesa, participan del mérito de sus sufrimientos pasados y de la alegría de su felicidad presente. En una palabra, desde Adam hasta Job, todo nos habla de Jesucristo y de su Iglesia.

CAPÍTULO III

Moisés.—La política de Egipto y de otros pueblos.—Opresion de los israelitas.—Sus trabajos.—Sumersion de los niños varones de los israelitas.—Faraon opresor de los israelitas, y los reyes opresores de la Iglesia.—Nacimiento, exposicion, libramiento y educacion de Moisés.—Sabiduria del Oriente y de Egipto.—Constitucion egipcia.—Castas.—Doctrina de los sacerdotes egipcios.—Superioridad de la de Moisés.—Ciencia y hazañas de Moisés.—Mata á un egipcio.—Su huida á Madian.—Su matrimonio y posteridad

El género humano cumplia la orden y la bendicion de Dios dadas á Noé y Adam: crecia y se multiplicaba, llenaba la tierra y la subyugaba (1). De la llanura de Senaar, Dios habia diseminado las diversas familias, para que llegasen á ser otras tantas naciones. Las unas, sin morada fija, recorrian con sus ganados las regiones todavia poco ó nada habitadas; las otras se habian fijado en comarcas determinadas; subyugaban el suelo por la agricultura, le hacian producir pan y vino. No contentos con subyugar la superficie de la tierra, penetraban hasta en sus entrañas; Job ya nos hace ver á los rios aprisionados en sus diques, obligados á correr por caminos desconocidos que la mano del hombre les abre en la roca (2). Ya las montañas se nos ofrecen abiertas por la mano del hombre que por diversos caminos practicados en su seno, dejan brillar en sus tinieblas y descubrir el topacio, la esmeralda, el zafiro; y trasformando el hombre las piedras y el polvo en oro, en plata, en cobre, y mostrándose por todas partes al que es, en efecto, el segundo criador. El Océano sufre igualmente su imperio. Desde que Dios le enseñó á construir un arca, para pasar del mundo primitivo al mundo presente, nada hay que le detenga; el pais separado por el mar, la navegacion le aproxima. Se ve á los descendientes de Esaú llevar por el mar Rojo á la India el bálsamo de Galaad, y traer el oro de Ofir y el marfil. En los

océanos de arena, el elefante y el camello sirven de navíos. Los descendientes de Ismael y de Madian van á Egipto á vender los perfumes de la Arabia y comprar trigo. Lo que Dios hace en grande, el hombre lo hace en pequeño. Por el misterio de la atraccion, Dios establece una comunion de influencias entre todos los cuerpos del universo; á su ejemplo, el hombre, por el comercio, establece entre todos los pueblos de la tierra una comunion de bienes materiales, que llegará á ser para los hombres de buena voluntad, una comunion de bienes intelectuales. Con las riquezas de la industria humana se trasportaron tambien de un país á otro los tesoros de la sabiduria divina. Por esto la historia de Job se ha conservado hasta nuestros dias entre los árabes (1); por esto sin duda todavia se descubren huellas de ella hasta en la India. Se habla allí de una reunion en el cielo, en donde se agitó la cuestion de saber si habia sobre la tierra un príncipe sin defecto. Un dios citó por modelo á un rey, su discípulo; otro sostuvo, al contrario, que si se le abandonaba se le veria al punto lleno de vicios. El reto fué aceptado. El rey, despojado de todo y reducido á la más afrentosa miseria, no perseveró menos en la práctica de la virtud, y todo el cielo acabó por recompensarle. Los indios debieron aprender esta historia por su comercio con los compatriotas de Job (2).

(1) Gén., c. 1, 28; c. 9, 10.
(2) Job, c. 28.

(1) *Biblioth. orient.*, art., Ajuob.
(2) Carta del padre Bouchet al obispo de Abranches.



¡Feliz el hombre, si fiel á su alto origen, hubiera tenido siempre la noble ambicion de reinar sobre la tierra y sobre todo lo que ella encierra, y no servir más que á Dios! La Fenicia y el Egipto hubieran sido las más acabadas naciones, si poblando con sus colonias la Grecia, el Africa, las Galias y España, comunicándolas los elementos de las letras y de las artes, ellas les hubiesen comunicado tambien, en su entera pureza, el depósito siempre más rico de la antigua sabiduría, sabiduría que eleva al hombre hasta Dios; sabiduría que la Fenicia habia oido celebrar á Abraham, Isaac, Melquisedec, y el Egipto, á Jacob, á José y á su posteridad. Un poder enemigo hará desaparecer tanto bien. Los pueblos del Egipto y de la Fenicia no cumplirán hasta el extremo el mandato de Dios. En vez de someter á la tierra; en lugar de hacerse objeto de terror para todos los animales, algunos animales llegarán á ser para ellos un objeto de terror religioso. Se prosternarán ante las bestias, las adorarán, así como á la tierra y á los rios; les ofrecerán en sacrificio hasta la sangre del hombre. Mas esto no es porque negarán jamás á Dios; al contrario, el poder enemigo les exagerará la idea, les persuadirá que Dios es todo lo que vemos, y que todo lo que nosotros vemos es Dios; que, por consiguiente, todo debe ser adorado. Este poder llegará hasta divinizar el crimen. Por este lado es sobre todo por donde el hombre se dejará seducir. El error más monstruoso llegará á ser para él una verdad, cuando halague su codicia. Sumido en esta vergonzosa esclavitud, está dispuesto á recibir todas las esclavitudes. ¿Dios le abandonará sin auxilio alguno? No. Estos dos pueblos, entonces los más influyentes sobre los demás, les va á instruir por medio de una enseñanza terrible que resonará en todo el universo. Va á escoger para profeta, no solamente á un hombre, sino á un pueblo entero, que por sus prosperidades y por sus adversidades instruirá á todos los pueblos, desde sus primeros tiempos hasta el fin del mundo.

Este pueblo es la posteridad de Jacob. Desde la muerte de este patriarca, así como desde la de José y sus hermanos, los hijos de Israel se

multiplicaron de una manera tan prodigiosa en Egipto, que el país estaba lleno. Mas se elevó sobre el trono un nuevo rey que no habia conocido á José. Dijo á su pueblo: «Ved aquí, el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y más fuerte que nosotros. Venid pues, oprimámosle con arte, no sea caso que se multiplique, y que si se alza en guerra contra nosotros y se junta con nuestros enemigos, despues de habernos vencido, no se salga de nuestra tierra (1).»

¡Oprimámosle con arte! Esta sola palabra pinta al natural lo que se llama la política. ¿Lo que se trata de acometer es injusto? La política no se detiene ante la justicia. Este pueblo, ¿no es la posteridad de José, el salvador del Egipto? La política no conoce á José. Este pueblo, ¿no es una raza especialmente protegida por Dios? La política no cree en más divinidad que en sí misma. Pero si este pueblo os causa pavor, ¿por qué teméis que se vaya? ¿por qué no le despedís con formas amigables? ¡La despedida nos privaría de sus servicios! La política les hará esclavos. El interés, el interés material; hé aquí su justicia, su moral, su religion, su Dios. Por eso todos los medios la serán buenos. Comenzará por la astucia, para concluir con la violencia. Quien dudase que esto sea lo que se llama política ó arte de gobernar despoticamente los Estados, no tiene más que recorrer la historia de los siglos más recientes.

Se establecieron, pues, sobre el pueblo de Israel sobrestantes de obras para que los affigiesen con cargas, y edificaron á Faraon las ciudades de guarnicion y de almacenes Fithom y Ramsés. Pero cuanto más se le oprimia, más se multiplicaba y crecia. Aborrecian los egipcios á los hijos de Israel, y los affigian insultándolos, y hacianles pasar una vida amarga con duras tareas de barro y de ladrillo, con toda clase de trabajos en el campo, y además con los trabajos domésticos, á los cuales les sujetaban (2).

La primera de estas ciudades, llamada Fithom en el latin de la *Vulgatta*, Fithom en el

(1) Exod., 1, 10.

(2) Ibid., 11-14.



griego de los Setenta, Patum en Herodoto, Pethom y Pithom por los coptos ó descendientes de los antiguos egipcios, se encuentra, á juicio de sábios distinguidos, en el lugar que lleva el nombre de Thum en el itinerario de Antonino (1). Los mismos sábios han reconocido á Ramses ó Ramsés en una pequeña villa que hoy lleva el nombre de Ramsis, y que conserva todavía las ruinas de una ciudad antigua, colocada en las orillas de un canal que conducia las aguas del Nilo al lago Mareotis, en el bajo Egipto. Este nombre de Ramsés puede haberle sido dado, ya por el décimotercio rey de la décimoctava dinastía, Manduei II, en honor de Ramsés su padre, ya tambien por el décimosexto, Ramises Meiamun. Estos dos principes reinaron, segun Manethon, hácia el tiempo en que se coloca el nacimiento de Moisés. Sus nombres, sobre todo el del último, se encuentran frecuentemente en las leyendas ó inscripciones jeroglificas que han sido descifradas. La ciudad de Ramsés estaba edificada cuando Moisés escribia; pero no cuando Jacob vino á Egipto. Cuando se dice que José puso á su padre y á sus hermanos en posesion del país de Ramsés, Moisés habla así por anticipacion del país donde esta ciudad fué elevada más tarde.

Entre las obras que los egipcios hicieron ejecutar á los hijos de Israel, el historiador Josefo coloca los diques para atajar las aguas del Nilo, canales para distribuir las de una parte á otra, murallas para cerrar las ciudades, y en fin, pirámides de una altura prodigiosa (2). Todo esto es muy creible; pero al mismo tiempo, todo esto no le impedia crecer más y más. Entonces Faraon llamó á las parteras de los hebreos, de las cuales las dos principales se llamaban Séfora y Fúa, y las dijo: «Cuando parteáreis á las hebreas, si fuere varon, matadle; si hembra, reservadla.» Mas las parteras temieron á Dios, y no ejecutaron la cruel orden del rey de Egipto, y Dios las recompensó con grandes bendiciones sobre sus familias. Ha-

biéndolas llamado el rey, las dirigió cargos por su conducta; y ellas se excusaron, diciendo que las mujeres hebreas no eran como las egipcias, «sino más fuertes y hábiles, y saben el arte de partear; de modo, que no necesitan de nuestros auxilios (1);» lo cual, segun todas las apariencias, era verdadero, á causa de la vida penosa que traian las mujeres israelitas, y á causa tambien de la cruel orden del rey, la cual sin duda supieron ó recelaron alguna cosa. Viendo Faraon que la astucia no hacia nada, mandó abiertamente á su pueblo: «Arrojad al rio á todo varon, y no dejéis vivir más que á las hembras (2).»

Hé aquí la historia de todos los siglos. Todo príncipe idólatra, hereje ú otro, que desconoce al Salvador del mundo y el reino celestial que vino á establecer sobre la tierra, viene á ser un nuevo Faraon. El santo y benéfico poderio de la Iglesia le importuna, sus triunfos le horrorizan, su imperio sobre las conciencias le irrita; tiembla ante la idea de someterse un dia él mismo, y reconocer su impotencia. Desde entonces, justicia, humanidad, Dios mismo, de nada le sirven. Oprimir á esta Iglesia como á un extranjero, avasallarla con mil trabas, rehusar á sus hijos el derecho, la justicia comun á todos, reducirles al estado de esclavitud, tal es su plan; y cuando el artificio, las persecuciones, revestidas de una apariencia legal, no basten, se abren paso la violencia y la tiranía para condenar abiertamente á muerte todo lo varonil, fuerte y vigoroso (3); tal es la política, la sabiduría que de la córte de Faraon pasó á la de los Nerones y Julianos, y se ha perpetuado hasta nuestros dias. Pero Dios se burla igualmente de los unos y de los otros.

Un hombre de la tribu de Leví, llamado Amram, tomó mujer de su linaje, llamada Jocabed. Tenian ya dos hijos, una hija de ocho años, María, y un hijo de tres años, Aaron. Despues del cruel edicto del rey, tuvieron un segundo hijo, que fué para ellos un objeto de fe y de esperanza. Su pueblo estaba oprimido,

(1) D'Anville, *Memoires sur l'Egipte*, pág. 118. Champollion, *L'Egipte sur les Pharaons*, t. II, página 58.

(2) Antiq., lib. II, cap. V.

(1) Exod., 1, 15-21.

(2) Ibid., 1, 22.

(3) Bossuet, 9. *Serm.*, 1, elevat.



ellos estaban afligidos, pero no sorprendidos. Dios había anunciado á su antepasado Abraham, que durante cuatrocientos años estarían como errantes en tierra extranjera, que cierto pueblo los reduciría á esclavitud; pero que al fin, él mismo juzgaría á este pueblo opresor, y les conduciría, colmados de riquezas, á la tierra de Canaan (1). José al morir les había recordado esta promesa. Estaban en el cuarto siglo; la opresión venía á ser cada vez más tiránica; tenía por objeto nada ménos que exterminar la raza de Jacob. La libertad no podía estar lejos, ni por consiguiente el libertador. Es muy probable que Faraon supiese algo de la esperanza en que estaban los hijos de Israel. El historiador Josefo dice positivamente que se le había informado de que en este mismo tiempo debía nacer un hijo entre los hebreos, cuya virtud sería admirada de todo el mundo, que levantaría la gloria de su nación, humillaría al Egipto, y dejaría una reputación inmortal. El mismo historiador añade que, en una revelación, Amram fué prevenido de que el hijo que le iba á nacer era el libertador temido de Faraon y deseado por los hebreos (2). Siempre resulta, segun San Pablo, que á la vista de su recién nacido, en el cual ellos notaron una belleza sobrehumana, creyeron sus padres alguna cosa sobrenatural (3); es decir, como lo explican la mayor parte de los intérpretes, creyeron que era el libertador esperado. En esta fe, le ocultaron durante tres meses; despues, cuando iba á ser descubierto, le confiaron en cierta manera á la Divina Providencia. La madre, viendo que no podía tenerle secretamente, tomó una cestilla de juncos, la calafateó con betun y pez, puso dentro al niño y le abandonó en un carrizal de la orilla del rio, parándose á lo lejos una hermana suya y observando el paradero del caso.

Hé aquí, pues, al salvador de Israel expuesto en un lugar en donde millares de inocentes son entregados á la muerte para que Israel no tenga libertador. En otra ocasion, la sal-

(1) Gén. 15, 13-16.

(2) Antiq., lib. II, cap. V.

(3) Heb., 11, 23.

vación del mundo estaba en una arca de madera; al presente, se encuentra en una pequeña arca de juncos, porque el hebreo la llama lo mismo que la de Noé. El instrumento es todavía más débil; el éxito será también más prodigioso.

Hé aquí que descendía la hija de Faraon para lavarse en el rio, y sus doncellas andaban por la márgen del Nilo. La princesa vió la cestilla en un carrizal, y envió á una de sus criadas para que la trajese. Habiéndola abierto, vió que era un niño que lloraba. Compadecida de él, dijo: «Este es un niño de los hebreos.» La hermana del niño, la jóven María, sobreviniendo como por casualidad, dijo á la hija de Faraon: «¿Quieres que vaya á llamarte una mujer hebrea que pueda criar al niño?» La hija de Faraon la respondió: «Anda.» Fué la doncella y llamó á su madre. La princesa la dijo: «Toma ese niño, y criameló; yo te daré tu salario.» Y la mujer tomó el niño y le crió; y despues que era ya crecido, le entregó á la hija de Faraon, que no teniendo hijos, le adoptó como tal y le llamó Moisés, de dos palabras egipcias, de las cuales una significa *agua*, otra *sacar*; porque decia la princesa: «Yo le saqué del agua (1).»

Así es como la Providencia contrarió la cruel política de Faraon, por la compasiva humanidad de su hija; porque desde este momento sin duda, la orden de ahogar á los niños de los hebreos, ó fué revocada, ó al ménos no se puso más en ejecucion. Y Moisés fué el salvador de su pueblo desde su cuna.

San Estéban nos enseña otras circunstancias importantes. «Moisés, dice, fué instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y vino á ser poderoso por sus palabras y por sus obras (2).»

Los egipcios gozaban en la antigüedad de gran reputación de ciencia. Se dice que Salomon excedió en sabiduría á todos los orientales y á los egipcios (3). El cual nos indica en qué consistía esta antigua sabiduría, á saber: «En la ciencia de gobernar los Estados, en la

(1) Exod., 2.

(2) Act. apost. c. 7, 22.

(3) 3 Reg., 4, 20.



ciencia de la naturaleza, en la ciencia de la palabra y en la ciencia de Dios;» porque por todo esto Salomon se hizo célebre. ¿Quién no conocía la sabiduría de su gobierno, el orden que hizo reinar en todas partes; la paz, la riqueza de que gozó su pueblo; el templo, los palacios, los acueductos, las ciudades enteras que hizo construir, tal como Tadmor ó Palmira en el desierto? Conocía la disposición del Universo, las virtudes de los elementos; el principio, el fin, el medio de los tiempos; el curso de los años, la marcha de las estrellas; la naturaleza de los animales, el instinto de las bestias, la fuerza de los vientos, las diferencias de las plantas y los pensamientos de los hombres (1). Compuso tres mil parábolas, más de mil poemas; disertó sobre los cuadrúpedos, las aves, los reptiles, los peces, y sobre todas las plantas, desde el cedro del Líbano, hasta el hisopo que crece en las murallas.

De todos los países del mundo iban á admirar sus discursos (2). Conocía, sobre todo, la sabiduría eterna y divina, que alcanza de una extremidad á otra con fuerza, y dispone todas las cosas con dulzura (3).

La sabiduría de los egipcios, enseñada por otra parte por José, versaba sobre los mismos objetos. La Grecia, que la copió en gran parte, nos la ha ensalzado mucho. Sin embargo, con respecto á lo que se llama literatura, nunca produjo el Egipto nada. Herodoto nos dice que el primero y el único cántico de los egipcios era el de Linus (4). Su espíritu se inclinaba más bien, ó por mejor decir, se le inclinaba á las artes, de las cuales nos quedan prodigiosos monumentos en las pirámides, los templos y los sepulcros. Pero aun bajo este mismo concepto, han sido, en cuanto á la belleza y la gracia, excedidos por los griegos, y en cuanto á lo gigantesco, igualados por lo ménos por los judíos, que además tienen una literatura más gigantesca que su arquitectura. Además,

la mayor parte de estos monumentos, sin ninguna utilidad pública, no han tenido otro objeto que perpetuar la vanidad de los reyes. No sucede lo mismo con los diques, canales, lagos, para dirigir y repartir las aguas del Nilo, y fecundar así todo el Egipto. Sin embargo, no se ve que estos príncipes hubiesen intentado nunca nada para defender su reino contra la invasión de las arenas de la Libia, lo cual no hubiera sido ménos útil que los trabajos de riego. Los monarcas chinos, para defender á su pueblo contra las incursiones de los tártaros, construyeron la gran muralla. Si los Faraones hubieran intentado algo parecido contra las arenas africanas, en vez de levantar inútiles pirámides ó taladrar el interior de las montañas, convirtiéndolas en ciudades sepulcrales para dormir allí despues de la muerte, su ambición hubiera sido ménos vana.

En cuanto á la astronomía, antiguos autores atribuyen su invención á los egipcios; si esto es verdad, no parece que hicieron progresos considerables. El más célebre de los antiguos astrónomos, Ptolomeo, que escribía en Egipto en el cuarto siglo de nuestra era, cita muchas observaciones caldeas, que se remontan al siglo VII antes de Jesucristo; pero ninguna observación egipcia. Por otra parte, segun ya hemos visto, los planisferios, los zodiacos que se encuentran en los templos de la Tebaida, en lugar de tablas astronómicas, no son más que representaciones supersticiosas de astrología y de horóscopos.

Por lo que hace á la constitución política, el Egipto, así como la India, estaba dividido en muchas castas hereditarias. Pastor, labrador, artesano, cada uno lo era invariablemente de padre á hijo, sin poder aspirar nunca, ya á la casta de los sábios, de los magistrados ó de los sacerdotes, que era la primera, ya á la de los guerreros, que era la segunda. Estas dos primeras castas eran las únicas que tenían derecho á ocuparse en los negocios públicos; todo el gobierno, todas las administraciones se encontraban en sus manos. Cuando se creaba un rey por elección, lo que sucedía algunas veces, se le sacaba siempre del orden de los sacerdotes ó de los guerreros. En este último caso, se

(1) Sap., 7.

(2) 3 Reg., 4, 32-34.

(3) Sap., 8.

(4) Herodoto, lib. II, cap. LXXIX.